

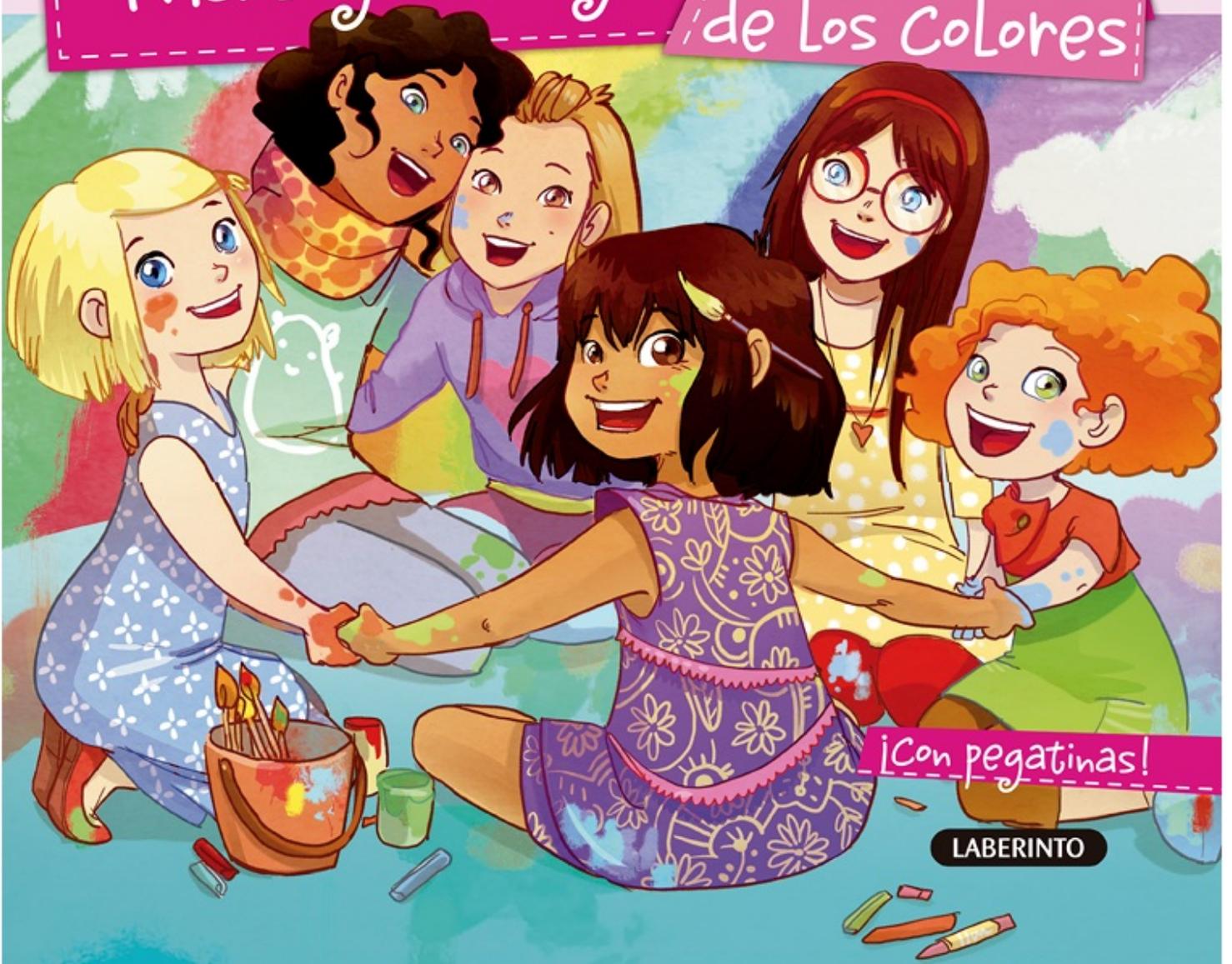
Cover

PAOLA ZANNONER

la Banda de las chicas

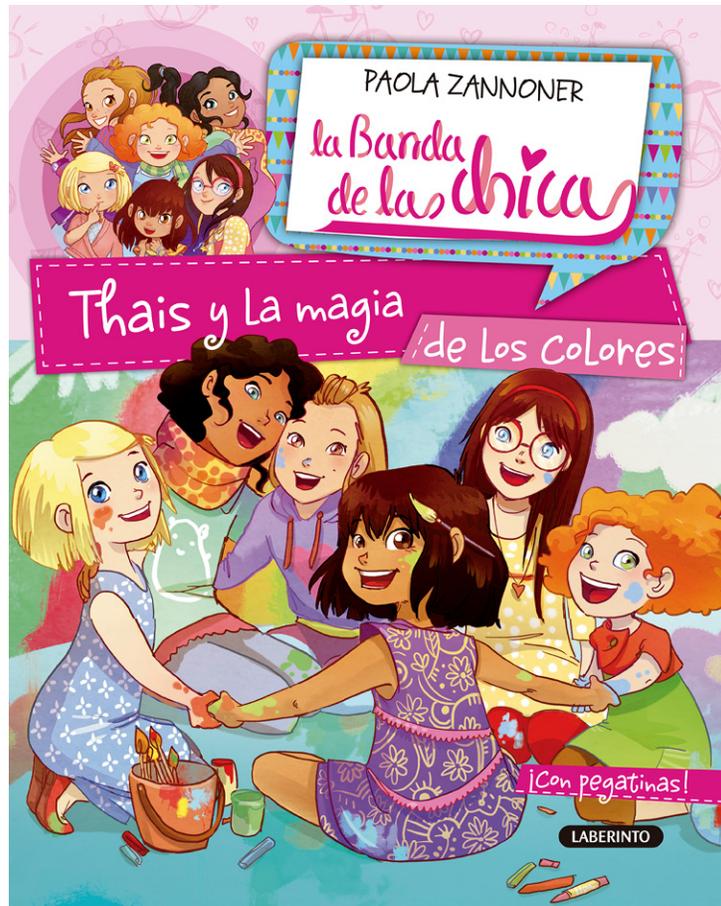
Thais y La magia

de Los Colores



¡Con pegatinas!

LABERINTO



Título original: *Thais e la magia dei colori*

© 2014 Giunti Editore S.p.A., Firenze – Milano

www.giunti.it

Dirección editorial: Ana Belén Valverde Elices

Texto original: Paola Zannoner

Ilustraciones: Linda Cavallini

Traducción: Carmen Ternero Lorenzo

© 2017 Ediciones del Laberinto, S. L., para la edición mundial en castellano

ISBN: 978-84-1330-893-7

EDICIONES DEL LABERINTO, S. L.

www.edicioneslaberinto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com <<http://www.conlicencia.com/>> ; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Thais y La magia
de Los colores



Capítulo 1

El país de las hadas

Qué país más raro, con todas las casas del mismo color. Y los tejados son como los de las cabañas pero hechos de piedra, de color tierra, y de ellos sale una especie de torre minúscula. Thais pregunta qué son y su padre le explica que se llaman chimeneas, ¡qué nombre tan gracioso!

Thais se ríe y repite:

—Chi-meneas, ¿de verdad se menean?

El padre contesta sonriendo:

—Bueno, lo que se mueve es el humo de la chimenea.

—¿El humo?

—Sí, la chimenea es donde se pone la leña y se enciende el fuego.

—¡Ah, sí! ¡Lo he visto en una película!

¡Estas casas tienen chimeneas, como en el país de las hadas!

Y no solo eso. Los pájaros que juegan al pillapilla por el cielo, volando en círculo, viven en esos tejados. Se lo está diciendo su padre:

—Esos pájaros se llaman golondrinas y hacen sus nidos debajo de las tejas o los canalones.

—¿Dónde? ¿Dónde? —pregunta Thais, que aguza la vista intentando ver algún nido.

—Ahora no se ven, hay que esperar a la noche, cuando las golondrinas se vayan a dormir, y entonces ya verás, se meten entre las tejas o debajo de las marquesinas y los aleros.



¿Las marquesinas? ¿Los aleros? Su padre ha empezado a decir palabras difíciles.

Desde que llegaron al nuevo país es como si la lengua de su padre se hubiera soltado y corriera libre entre un campo inmenso de palabras desconocidas que, en casa, con su madre y con ella, no había usado nunca.

Pero lo que pasa es que es la primera vez que su madre y ella van al país de su padre, a la casa que fue de una abuela que Thais no ha conocido porque fue la abuela de su padre. Debía de ser una señora muy mayor, porque la casa es muy vieja y los muebles también son muy antiguos. Hasta su madre se ha sorprendido al entrar y ha comentado:

—Es como dar marcha atrás en el tiempo.

¡Sí, eso! ¡Un viaje en el tiempo, como en las aventuras mágicas! Eso es lo que se imagina Thais mientras explora la pequeña casa que empieza por una cocina diminuta que está dentro de otra habitación con una ventana que da a la calle. Después hay un salón con muebles demasiado grandes y oscuros que parecen gigantes prisioneros. Uno de los dos dormitorios tiene una cama enorme y un armario que llega hasta el techo, es la habitación de sus padres; y luego está la otra, la suya, que es completamente blanca, hasta el armario y las camas, ¡parece la habitación de la Reina de las Nieves!

—Necesitará algunos retoques —dice su madre.

«¡Y tanto! —piensa Thais—. Esto necesita un poco de color».

Su padre la llama desde el balcón del salón y le enseña los tejados, las tejas, las marquesinas, los aleros y las golondrinas que revolotean por el cielo azul, sobre los campos verdes y amarillos que se extienden hacia el mar.

¡Cuántos colores hay ahí fuera!

—¿Te gusta? —le pregunta su padre.

—¡Sí! —exclama Thais y lo abraza.

El viaje ha sido larguísimo, pero ha valido la pena: ¡ha llegado al país de las hadas!

Capítulo 2

Una mano de color

A la mañana siguiente, Thais se despierta en su habitación blanca, que parece un paisaje cubierto de nieve. Con la tenue luz que entra por la ventana e ilumina los objetos, a Thais le parece un folio enorme para pintar y colorear.

¿Quién sabe? A lo mejor Thais lo ha soñado esta noche, o puede que la inspiración le llegue ahora. Pero una cosa es segura, la pared que está detrás de su cama tendrá que decorarla con algo muy especial.

Thais corre hacia la mochila que había dejado delante del armario y vuelca todo lo que lleva: lápices, pinturas de témpera,  leo y acuarela, rotuladores, tizas, ceras, colores de tonos pastel, platos de papel, vasos de plástico, cartulinas de colores... Tiene todo lo que necesita para pintar en distintas superficies: papel, tela, cristal o madera. Porque Thais es una pintora nata, le gusta pintar desde... Ya ni se acuerda, a lo mejor desde que estaba en la trona y su madre le dejaba pintar las servilletas de papel con los colores de la papilla y la fruta.

Sigue siempre el mismo método: esparce todo el material por el suelo y luego va eligiendo lo que quiere utilizar. En este caso, para pintar sobre la pared, coge el carboncillo. Se pone entre las dos camas y comienza a trazar una línea vertical desde el suelo hacia arriba, hasta donde le llega el brazo estir ndolo todo lo posible. Se separa un poco y traza otra línea paralela. Se aleja para ver si las líneas le han salido lo bastante derechas. Luego vuelve sobre la primera y desde ahí dibuja una línea ondulada en sentido horizontal, justo por encima de su cama. Le da un movimiento un poco más serpenteante y vuelve atrás, sobre la línea vertical, formando una especie de pista ondulada. Después hace lo mismo por la otra parte, con una línea que discurre suave y sinuosa hacia la derecha, riz ndose al final como si fuera una media espiral.

Poco a poco las líneas se van multiplicando, subiendo hacia lo alto para ocupar la mitad de la pared. Thais se sube y se baja de las camas, de rodillas y de pie, saltando como un monito, cada vez más entusiasmada. ¡El folio-pared se está llenando de líneas y garabatos y ya parece mucho más alegre!

Por fin llega el momento de usar los colores. Thais se lo piensa muy bien: aquí hay que usar las témperas. Así pues, abre los botes, echa un poco de líquido en los platos de papel y mete las manos con las palmas muy abiertas, y luego las va poniendo con mucho cuidado sobre las líneas onduladas para ir dejando huellas grandes y nítidas. Primero con un solo color, y luego se limpia la mano y elige otro. Poco a poco, la pared se va llenando de manos rojas, manos amarillas y manos azules, hasta que los colores empiezan a mezclarse y van apareciendo huellas verdes, violetas, marrones y rosas.

—¿Qué pasa aquí?

La madre se asoma a la puerta de su habitación, ¡y se encuentra a Thais embadurnada de témpera hasta la nariz!

